



PAPADOPOULOS, NUEVO PRIMER MINISTRO, DA LA VERSION OFICIAL



CONSTANTINO

el rey que se equivocó de enemigo

ES un caso que se repite con alguna frecuencia en la historia: un gobernante se deja fascinar por un enemigo, aniquila su fuerza y es el enemigo contrario el que le destruye. Lo podríamos llamar «el complejo de Dollfuss». En 1932, Dollfuss, canciller de Austria, decidió que el país era ingobernable utilizando la legalidad constitucional; suspendió el régimen parlamentario, disolvió los partidos políticos y ordenó, en 1934, el asalto con artillería, que duró tres días, al «Karl Marx Hof», y destruyó al partido socialista austriaco. Unos meses después fue el partido nazi el que asesinó a Dollfuss, y se inició el período de acontecimientos que condujo a la anexión de Austria por Hitler. El rey Constantino de Grecia ha tenido más suerte al equivocarse de enemigo. Ha salvado su vida y está inmiscuido en una poderosa corriente de intereses que trata de salvarle el trono que ha perdido como consecuencia de una serie de torpezas que ha culminado con un intento personal de contragolpe de estado que ha dado casi solo y en condiciones tales que ha tenido que huir. Ha ganado con ello, para los no estudiosos del problema, una aureola de rey romántico y democrático que no responde a la realidad de los hechos, pero que podrá serle útil para la historia.

Desde que ascendió al trono en 1964, Constantino pareció sentir la necesidad **SIGUE**



ZOITAKIS Y PATAKOS

de gobernar por sí mismo, en lugar de ocupar ese papel ideal de árbitro entre partidos que suele atribuirse a los reyes; dicen que en este empeño estaba apoyado por su madre, la poderosa reina prusiana Federica. En 1965 ocasionó la dimisión del gobierno de Papandreu, de Unión Centro, al negarse a poner la real firma a un decreto que destituyó al ministro de Defensa. Papandreu, dirigente moderado y tradicional, pretendía implantar medidas enérgicas para evitar el fraude fiscal, crear los seguros médicos, abaratar la educación para hacerla accesible a un mayor número de personas y realizar una política urgente de viviendas que acabase con los suburbios. Para la derecha, estas medidas bastaban para acusar al viejo patriarca del centrismo democrata de comunista. Había algo más y es que durante el gobierno de Papandreu, el más democrata —sin exageraciones— que había tenido Grecia desde hacia muchos años, había surgido en algunos sectores de la opinión pública la idea de que Grecia podía iniciar un camino de «neutralismo positivo» en la política de bloques, seguir el camino independentista del general De Gaulle y deshacerse poco a poco de la OTAN.

el proceso de la «aspida»

El crecimiento de esta idea molestaba notablemente a los Estados Unidos y a ciertos grupos de presión para quienes se derivaban beneficios económicos importantes de la acusada remilitarización de Grecia. Estos grupos habían denunciado la existencia de una organización militar secreta a la que consideraban como nasserista, que se llamaba «Aspida» y cuyos móviles parecían ser los de derribar la monarquía e implantar un régimen neutralista. Nunca se ha sabido si la «Aspida» existió realmente o no: Andrés Papandreu, hijo del primer ministro, aparecía complicado en el complot, aunque aseguraba que se trataba de un invento de los servicios secretos americanos (CIA) y que las acusaciones estaban basadas en documentos falsos. El ministro de

Defensa había tratado de evitar la situación de militares democratas en puestos de mando y finalmente les había acusado de complot: cuando Papandreu quiso desprendirse del ministro de Defensa, el rey tomó partido al negarse a firmar el decreto, obligó a Papandreu a dimitir y quedó disuelto un gobierno que tenía mayoría parlamentaria. Papandreu negaba que el rey tuviera ese derecho; el rey respondió que había demasiadas infiltraciones de extrema izquierda en el Ejército y Papandreu le explicó entonces que el Ejército era tan de derechas que le sospechaba de ser capaz de dar un golpe de estado fascista. Simultáneamente se abrieron entonces dos series de hechos: una de tipo político, otra de tipo dictatorial. Políticamente, se fueron sucediendo primeros ministros que no podían gobernar, porque la cámara les era hostil. Un gobierno tecnócrata capitalista, el de Paraskevopoulos, gobernador del Banco de Grecia, mediante un pacto con Papandreu, llegó a asegurar en enero de este año la dirección del país mediante la condición de que en el mes de mayo se celebrarían elecciones generales. Al mismo tiempo, los militares democratas iban siendo apartados de sus cargos y se abría el proceso contra la «Aspida»: quince militares condenados a penas de prisión entre dos y dieciocho años, otros muchos separados de la carrera. En el mes de abril, después de otras efímeras experiencias gubernamentales, se vio muy claramente que las elecciones las iba a ganar Papandreu. Fue entonces cuando el rey dio un segundo paso público y comprometido: produjo la disolución del parlamento y dejó encargado de los asuntos de trámite a Canellopoulos, que tenía la posibilidad legal de gobernar durante cuarenta y cinco días después de la celebración de las elecciones. Entre los «asuntos de trámite» estaba nada menos que la reforma de la ley electoral de forma que su partido, la Unión Nacional Radical (derechas) pudiera asegurarse un buen número de diputados y pudiera disponer de la policía y de un régimen de excepción durante mucho tiempo.

los tanques, en la calle

Sin embargo, el 21 de abril, a las dos de la madrugada, los tanques salieron a la calle y un grupo de coroneles dio un golpe de estado de corte fascista. Con el parlamento disuelto, la prensa sin libertad, la policía en acción, los militares democratas en la cárcel, en el exilio o en situación de disponibilidad forzosa, los golpistas se encontraron con que el rey les había allanado el camino, les había quitado enemigos de delante y el camino del poder les estaba abierto. No encontraron ninguna dificultad. Siete mil detenciones terminaron de realizar la obra.

La actitud del rey Constantino en aquel momento fue, por lo menos, poco limpia. Declaró que no estaba al corriente de lo que se preparaba; declaró que era el primer griego sorprendido por los acontecimientos y no condenó el complot pero tampoco lo aprobó. Convivió con él y poco

a poco lo fue asumiendo. Ocurria, sin embargo, que los golpistas de abril habían contado con gritos de júbilo en el mundo occidental para el que se consideraban un refuerzo como campeones del anticomunismo, y porque sin duda ciertos elementos extremistas americanos les habían sostenido y ayudado, y no comprendían bien cómo podían haber producido, en su lugar, consternación. Había en occidente verdadera consternación por el golpe de Atenas. Las dictaduras, hoy, se llevan de otra forma. Tienen que estar revestidas de un manto de democracia. No deben tener cárceles abiertas, necesitan un parlamento o un remedo de parlamento, han de condenar la censura, deben permitirse tener enemigos cómodos. De Gaulle es un excelente ejemplo técnico de cómo se realizan estas cosas, aunque políticamente no sea del agrado de los grupos dominantes en los Estados Unidos. Kiesinger, en Alemania occidental, puede ser otro. Son dictaduras técnicas y modernas, con una gran apariencia de apertura, sobre el modelo presidencial de los Estados Unidos, en el que Johnson ha llegado al virtuosismo. Los coroneles de Grecia eran unos nuevos ricos de la dictadura, se les veía un semblante de fascismo demasiado neto, calan en todos los errores de los primerizos —cárceles, deportaciones, periódicos suspendidos, supresión de partidos y de no organizaciones sindicales, culturales y hasta deportivas; censura sobre los autores clásicos que impidieron que se celebrara el festival teatral de Atenas, donde los «subversivos» eran Esquilo, Eurípides, Sófocles y Aristófanes, declaraciones rudas e intempestivas— y, en una palabra, rompían la elaborada decoración, construida durante tantos años, de «defensa de las libertades» para las que estaba inventada la OTAN, en la que Grecia es pieza clave. Precisamente un plan militar secreto de la OTAN para caso de guerra o de invasión del país era el que había servido a los coroneles para acabar con las libertades del pueblo griego.

no hay reformas

Había ciertas esperanzas. En primer lugar, los golpistas prometían una rápida reforma económica para



PANAYOTIS Y PIPINELLIS

